

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La devoción á las almas del Purgatorio es cosa muy agradable al Cielo.*—Es del agrado de Dios porque glorifica su providencia, su santidad, su justicia, pero sobre todo, su misericordia. Es, con relación á su objeto, una especie de celo que no cede á la conversión de los paganos, y hasta en cierto modo le sobrepuja. No nos dice Dios como á Moisés: «Dejadme ejecutar mis amenazas» sino que al contrario nos dice: «Libradme de la necesidad en que me encuentro de castigar estas almas que me son tan queridas.» María, los ángeles, los santos, toda la corte celestial se alegra de su libertad.

PUNTO SEGUNDO.—*La devoción á las almas del Purgatorio es muy ventajosa para nosotros mismos.*—1.º Porque ejercitamos en ella la fe, la esperanza y la caridad. San Francisco de Sales hace notar que esta devoción abarca todas las obras de misericordia tan recomendadas en la Escritura: la limosna, la visita á los presos, el cuidado de los enfermos, etc.—2.º Es para nosotros fuente de gracias muy abundantes: Dios ha prometido conformar su misericordia á la nuestra. ¿Podrán por ventura olvidarnos en el Cielo aquellos á quienes se lo hemos proporcionado?—3.º Aprendamos también á temer á la Justicia divina, á huir hasta la sombra de pecado, á castigar en nosotros mismos y sin tardanza lo que Dios castiga con tanto rigor en las llamas del Purgatorio.

MEDITACIÓN CXLII

21 de Noviembre.—*LA PRESENTACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.*—*Renovación de las promesas clericales.* Cave ne quando obliviscaris pacti Domini quod pepigit tecum. (Deut., IV, 23).

I Jesucristo dándose al Sacerdote para ser la porción de su herencia.

II El buen Sacerdote renovando la entrega que hizo de sí mismo á Jesucristo.

PUNTO I

Jesucristo se da al Sacerdote por su porción y herencia

El Salvador es el tesoro de todos los fieles; pero lo es de un modo especial de sus ministros. ¿He meditado bastante esa prerrogativa del cristiano y del Sacerdote?

1.º Nada más cierto que todos los fieles tienen derechos sagrados en la persona de Jesucristo; todo cristiano puede decir del modo más consolador: El Salvador me pertenece; su Padre me lo ha dado, El se me ha dado á sí mismo, he tomado posesión de él por el Bautismo, y puedo gozar de El por la fe (1). Esta hermosa donación de Dios á los hombres ha sido predicha por los profetas (2), publicada por los ángeles en el día del nacimiento del Redentor (3), consignada en el Evangelio (4), anunciada á toda la tierra por los apóstoles (5) y sus sucesores; la Iglesia la hace objeto de sus más armoniosos y solemnes cantos: *Nobis datus, nobis natus.*—*Se nascens dedit socium convescens in edulium, se moriens in pretium, se regnans dat in premium.* ¿Quién podrá poner en duda una verdad apoyada por tan fidedignos testimonios?

¡Oh Cristiano, Jesús os pertenece! ¿Qué más podéis desear si sabéis apreciar en su justo valor esta dicha? Las lágrimas que derramara su penitencia, la muerte que sufriera, sus virtudes, sus méritos..., todo lo que pertenece á Jesús os pertenece á vos también, y

(1) Puede verse la exposición de esta doctrina en una obra de Bernardino de Pycquigni: *Verdadera manera de santificar su vida por la preparación á la muerte.*

(2) *Parvulus natus est nobis, et Filius datus est nobis.* (Is., IX, 6).

(3) *Natus est vobis hodie Salvator.* (Luc., II, 11).

(4) *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* (Joan., III, 16).

(5) *Tradidit semetipsum pro me.* (Gal., II, 120).—*Dedit semetipsum pro nobis.* (Tit., II, 16).

podéis decirle en cierto modo lo que El decía á su Padre: *Omnia tua mea sunt*. Aceptad sin reserva un don que abraza todos los demás dones; servíos de él para aquello que lo habéis recibido: *ut omnis qui credit in eum non pereat, sed habeat vitam æternam* (1). Uníos á Jesucristo por la fe, la esperanza y el amor. Ofrecedlo á Dios como complemento de lo que á vos falta; ofrecedle su vida sin mancha para cubrir y borrar las iniquidades de la vuestra; sus virtudes por vuestros vicios, su corazón ardiente en caridad en lugar de vuestro corazón frío y sin vida... En él y por él cumpliréis toda justicia.

2.º Pero si Jesucristo está en mí como cristiano, lo está más particularmente por mi calidad de Sacerdote. «No participaréis del patrimonio de vuestros hermanos, había dicho el Señor á los hijos de Leví; Yo seré vuestra herencia en medio de los hijos de Israel: *Ego pars et hæreditas tua in medio filiorum Israël* (2).» Lo que para el primer sacerdocio no fué más que una figura, es una admirable realidad para el segundo. ¡Oh palabras que ninguna boca humana se hubiera atrevido á pronunciar si á ello no la hubiera autorizado la verdad misma: *Dominus pars hæreditatis meæ et calicis mei!* El mismo Dios es mi herencia y mi bien! La parte que no quiso darme entre los hijos del siglo, porque no era digna de su munificencia, ni del celestial ministerio á que me había llamado, me la da todos los días en la posesión real, personal y sustancial de sí mismo. Cuando bajo del altar, ¿no está acaso Jesucristo todo en mí?

Cuando considero la dignidad á que me ha elevado en su Iglesia, las funciones que allí cumplo, me explico fácilmente por qué la tribu sacerdotal es la que exclusivamente puede apropiarse de ese hermoso canto: *Dominus pars hæreditatis meæ*. Como Sacerdote que soy, Jesús me pertenece de tal suerte, que puedo repartirlo á los demás y disponer de El á mi antojo. No solamente me pertenece, sino que

(1) Joan., III, 16.

(2) Num., XVIII, 20.

está en mí, distribuyendo sus gracias, ejerciendo sus poderes, continuando su obra de redención. Quiere que en mi voz reconozca yo la suya: *Qui vos audit me audit*; faltarme á mí al respeto, sería faltarle á El: *Qui vos spernit, me spernit*. Todo Sacerdote es un hombre divino, que obra maravillas reservadas tan sólo á la divinidad: ved sino lo que hace en el confesonario y en el altar. ¡Oh rica dotación del Sacerdocio católico!

Es sin duda cierto que entre Jesús y sus ministros existen obligaciones recíprocas. El es la porción de su herencia, pero tan sólo á título de cambio; es todo para mí á condición de que yo sea todo para él. Entrando á formar parte de la santa milicia, he renunciado no sólo á la parte de los bienes, deleites y honores que el mundo podía prometer, si que también á mi libertad, á mis gustos y aun á mi propia vida; el carácter que me confirió el poder asombroso de inmolar á un Dios víctima, me ha inmolado también á mí mismo. Sí, el Sacerdote está muerto y como sepultado con el Salvador en un nuevo bautismo; está muerto al mundo, á las pasiones que lo puedan turbar, á los temores que lo agiten, á las esperanzas que lo engañen... ¡Oh muerte preciosa á los ojos del Señor, pues en eso consiste la muerte de sus santos: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus!* Ella nos da una vida oculta á los ojos del mundo, vida del espíritu de Dios, vida de la fe, adornada de todas las virtudes que nos hace imágenes vivas de Jesucristo: *Mortui enim estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo* (1). Hé ahí, pues, lo que yo hubiera debido ser una vez consagrado al Hijo de Dios en calidad de ministro suyo; hé ahí lo que fui hasta cierto punto al comenzar mi carrera sacerdotal.... Pero ¡ay! cuán fácil es dejar enfriarse este primer fervor; por esto S. Pablo recomendaba á Timoteo que resucitara en él la gracia que había recibido por la imposición de las ma-

(1) Col., III, 3.

nos. A esto también me invita la fiesta de este día y el conmovedor ejemplo de la Santísima Virgen, dada al clero como Madre, Reina y modelo.

PUNTO II

El buen Sacerdote renueva frecuentemente el don que de sí mismo ha hecho á Jesucristo

María, joven aún, va al templo, pero no para consagrarse á Dios: su consagración irrevocable data desde el momento de su concepción inmaculada; no iba á entregarse sino á *presentarse* al Señor para reconocer por un acto exterior y solemne que Él tenía el más completo dominio sobre Ella; iba á ofrecerse de nuevo al perfecto cumplimiento de sus designios; esto es precisamente lo que procura en este día imitar el buen Sacerdote. No se le oculta que ya no se pertenece más á sí mismo, y que así como es Sacerdote eterno, también se ha entregado á Jesucristo por toda una eternidad. ¿Qué hace pues? Trae á la memoria la misericordia del Señor para consigo, y á fin de darle un testimonio de reconocimiento que le sea agradable, confirma renovando los votos que le ha hecho.

1.º La vida de la Santísima Virgen no fué, por decirlo así, más que una continua acción de gracias. El mismo sentimiento que le ha de inspirar en casa de Isabel el sublime cántico *Magnificat anima mea Dominum*, es el que dirige sus pasos infantiles hacia el templo; si el Todopoderoso la tiene predestinada á grandes cosas, ¡qué prodigio de amor no ha obrado ya con su milagrosa é inmaculada Concepción! *Fecit mihi magna qui potens est*. Se halla tanto más confundida por los beneficios divinos, cuanto más indigna se reconoce de ellos: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ*; ¡Oh Sacerdote, ¿seréis ingrato? No sois vos quien habéis escogido al Señor, sino el Señor que os ha elegido á vos: *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos*. ¡Qué bella es la misión á que os ha asocia-

do! *Sicut misit me vivens Pater, et ego mitto vos?* Quiere hacer de vos el compañero de sus trabajos en esta vida, donde todo pasa con asombrosa rapidez, para compartir con vos su gloria en el reino donde todo es estable y duradero. Habéis merecido Vos ser objeto de elección tan gloriosa? Buscad, pues, con el Profeta Rey, lo que podréis ofrecer á Aquel que todo os lo ha dado: *Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?* y respondió con él: *Vota mea Domino reddam*.

2.º Contemplad á María postrada delante del altar y encontraréis en su sacrificio tres méritos diferentes que realzan su valor á los ojos del Señor: mérito en su prontitud, mérito en su generosidad, mérito en su fidelidad. Va á presentarse á Dios desde su más tierna edad. Otros hijos hubo, que fueron ofrecidos también en temprana edad por sus padres; pero la gloria de María está en haberse ofrecido á sí misma, sin otro impulso que el libre movimiento de su corazón. Lamentad el tiempo perdido y reparadlo con el fervor que debe acompañar la renovación de vuestros votos. Revestíos al menos en el día de hoy de aquellas santas disposiciones que tenía David, cuando exclamaba: *Dixi, nunc cæpi*. (1). Lo dije, y pongo manos á la obra: sí, ¡oh Dios mío! mil veces he rechazado ú olvidado vuestra gracia..., ahora cedo finalmente á sus atractivos. Lo dije muchas veces, y siempre mis palabras fueron vanas; pero ahora lo repito y á mis promesas veréis pronto seguirse la obra. Sacrificio generoso. Renuncia á las más legítimas y halagüeñas esperanzas, renuncia á todo para pertenecer más enteramente á Dios, y semejante ofrenda la hace con gozo, en la simplicidad de su corazón; nos parece oír todavía la voz de su ilustre abuelo que decía: *Scio, Deus meus, quod probes corda et simplicitatem diligas, unde et ego in simplicitate cordis mei lætus obtuli universa* (2). María se entrega para siempre. Lo que prometió lo cumple

(1) Ps., LXXVI, 11.

(2) 1 Paral., XXIX, 17.

con inviolable fidelidad. Una vez consumado su sacrificio, lo continúa; y si vuelve á sus compromisos es para confirmarlos con nuevos actos de consagración y ofrenda de sí misma. Subirá de virtud en virtud, de perfección en perfección hasta que su santidad y su gloria vayan á perderse y á engolfarse en la gloria y santidad del mismo Dios.

¡Oh Dios mío! demasiado reconozco mi inconstancia para que pueda descansar tranquilo sobre mis más sinceras resoluciones; pero á Vos me dirijo, Vos que tenéis los corazones en vuestras manos, compadeceos de mí os lo suplico, y confirmad las resoluciones que tome. Sean vuestros socorros proporcionados á mi debilidad, sostenedme en mis pruebas; haced que salga victorioso de mis combates, con aumento de fortaleza y de vigor (1). ¡Oh cielos, escuchad lo que voy á deciros; ¡oh María! que vuestra protección sea la garantía de mis promesas. No sólo con la boca sino con mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas renuevo esta profesión de mi fe, esta protesta de mi desprendimiento, este reconocimiento de mis deberes: *Dominus pars hæreditatis meæ et calicis mei; tu es qui restitues hæreditatem meam mihi.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Jesucristo dándose al Sacerdote para ser la porción de su herencia.*—El Salvador es el tesoro de todos los fieles, pero en modo particular de los Sacerdotes. 1.º Todo cristiano puede decir: Jesucristo me pertenece; el Padre eterno me lo ha dado; El se me ha dado á sí mismo, *Nobis natus, nobis datus.*—*Se nascens dedit socium...* 2.º Pero si yo lo poseo como cristiano, lo poseo mejor aún como Sacerdote. Lo que para el sacerdocio levítico no fué más que una figu-

(1) *Faciet etiam cum tentatione proventum.* (I. Cor., X, 13).

ra, es para nosotros la pura realidad: *Ego pars et hæreditas tua in medio florum Israël.* Desde el momento que soy Sacerdote, puedo disponer de Cristo á mi albedrío. Me pertenece y está conmigo: *qui vos audit, me audit.* Pero estas promesas entre Jesús y su ministro, son promesas recíprocas.

PUNTO SEGUNDO.—*El buen Sacerdote renovando la entrega de sí mismo que hizo á Jesucristo.*—María no va al templo para entregarse; esto lo hizo en el momento de su Concepción; va para presentarse solamente. Esto es lo que hace el Sacerdote en el día de hoy. Es un acto de reconocimiento. El sacrificio de María tiene tres méritos distintos: es pronto, generoso y constante. ¿Cómo podré yo imitarla?